

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Rodolfo Puiggrós, prima manera (1906-1933).

Omar Acha.

Cita:

Omar Acha (2005). *Rodolfo Puiggrós, prima manera (1906-1933)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/278>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

RODOLFO PUIGGRÓS, *PRIMA MANIERA* (1906-1933)

omar acha – UBA

girolamo@hotmail.com

Primeros aires

El 19 de noviembre de 1906 Rodolfo José Puiggrós Gaviria nació en Buenos Aires. El padre, José Ramón Pío Puiggrós, era catalán. José Pío había sido destinado por su familia a ser seminarista. Luego de dos años y medio de estudios, abandonó el seminario. Desde entonces fue laico y un republicano moderado. Al regresar a su casa, en el pueblito de Rubió, después de abandonar el seminario, un familiar le previno que su padre no deseaba recibirlo. Ingresó al ejército y actuó como soldado en Filipinas, durante la guerra entre España y Estados Unidos (1898). Herido gravemente, fue dado de baja y se trasladó a la Argentina pues en Buenos Aires vivía José Villá, un tío confitero que falleció en 1913.

En la carrera del ascenso social tan verosímil en la *Vieja Argentina*, José Pío se dedicó al comercio en las colonias santafesinas. Se casó en 1905 con Margarita Gaviria, una argentina nueva, hija de catalanes. Después de casarse, José Pío Puiggrós y su familia se instalaron en Humberto Primo (provincia de Santa Fe), en un entorno de piemonteses. Hacia 1911 se trasladaron a Buenos Aires, a la casa del abuelo materno. Como consignatario de hacienda que proyectaba sucursales en el interior del país, José Pío ya resolvía parte de sus negocios en la Bolsa de Comercio y en la de Cereales.

Rodolfo Puiggrós fue el mayor de cinco hermanos. Los otros se llamaron Ernesto, Alfredo, Guillermo y Oscar. Cursó la enseñanza primaria en el antiguo colegio Charles-Magne donde hizo los primeros grados. Continuó en el José Manuel Estrada, y también tuvo un paso por una escuela anarquista. Fue pupilo en un colegio religioso entre 1918 y 1922. Conoció a su coetáneo José María Rosa precisamente allí, en el Colegio Carmen Arriola de Marín (sito en San Isidro), de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Puiggrós creyó más tarde que había sido inscripto en dicho colegio por deseo de su devota madre.

Esa preferencia tuvo efecto, pues en el colegio secundario pensó seriamente en ingresar a una orden religiosa. El padre, en cambio, acariciaba la idea de que estudiara economía para que deviniera un heredero eficiente. Puiggrós recordaría más tarde esta escena: viajando en un tranvía de Palermo al centro de la ciudad, el padre señaló a un joven ubicado unos asientos más adelante, como un modelo de lo que él debía ser. El ideal en cuestión era el precoz Raúl Prebisch. Puiggrós quiso cumplir el mandato y se inscribió en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, pero pronto abandonó la carrera. Ese fue su único paso formal por los estudios académicos.

En la tropa de la *nueva generación*

El ambiente cultural en el que el joven Rodolfo Puiggrós tramitó sus primeras identificaciones culturales estaba lubricado el cuestionamiento de la autoridad académica que, al menos durante una década, promovió la Reforma Universitaria de 1918. Cuando en 1922 Marcelo T. de Alvear reemplazó a H. Yrigoyen en la presidencia de la república el adolescente Puiggrós cursaba sus últimos años del colegio secundario y leía todo lo que cayera en sus manos.

En 1925 el padre, que a pesar de haber recibido positivamente la noticia de la Revolución Rusa estaba aplicado en higienizar a su hijo de las ideas “maximalistas” y en labrarle un futuro capitalista, financió un viaje a Londres, para que trabajara allí en una oficina de estadísticas gracias a los contactos de un amigo. Cuando llegó, el conocido del padre estaba agonizando en un hospital. Se quedó varado en Londres durante algunos meses, hasta que la llegada de un amigo, Germán Frers, lo convenció de trasladarse a París. En la capital francesa trabajó en el Banco Español del Río de la Plata entre 1925 y 1926.

En el largo viaje por mar que realizó el trasatlántico alemán Cap Polonio entre el 18 julio y el 4 de octubre de 1926, el padre adquirió dos plazas y recogió a su hijo en París. Entre las diversas ciudades donde recaló el barco se contaron Montevideo, Río de Janeiro, Helsinki y Leningrado. En La Unión Soviética, Rodolfo Puiggrós se entrevistó junto a sus acompañantes con el Ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Georgi Chicherín. Es muy probable que su acercamiento al comunismo proviniera de su experiencia en ese viaje, y particularmente de sus conversaciones con el comunista cordobés Carlos Dujovne. Poco después describía su diferente actitud respecto a la

mayoría de la comitiva durante el trayecto de Kronstadt a Leningrado, una mañana húmeda y gris en que el barco se deslizaba entre dos escolleras ruinosas, observando el contraste esperanzado que sugerían las embarcaciones nuevas, los astilleros, y los rostros que saludaban al pasar. “Yo estaba apoyado sobre la barandilla contemplando el mar –recordaba Puiggrós–, el cielo y esa tierra sobre la que los hombres deben vencerse a sí mismos para conquistar su más alto objeto. A mis oídos llegaban las voces de mis compatriotas nerviosas y llenas de malos augurios.”¹

En el *Álbum del Viaje* luego publicado, se registraron las consideraciones que al volver manifestó el joven Puiggrós, para quien “El problema ruso actual lo podemos sintetizar como una lucha entre los principios del comunismo integral y la necesidad de la iniciativa y del capital privado”. Pero aun más interesantes eran otras afirmaciones que lo mostraban como un simpatizante: “la semilla de un nuevo mundo en los campos fecundos de la Rusia”, aseveraba, “lucha con los elementos para dar a luz la flor del porvenir: la sociedad futura”.² El entusiasmo de Puiggrós era similar a la de tantos otros viajeros occidentales que visitaron la Unión Soviética, celebrando las promesas de unos *tiempos nuevos*. Desde luego, al regresar el pasaje expresó opiniones encontradas sobre la cuestión.³

Desde 1927 trabajó como gerente de la firma de su padre, en Rosario. Desde allí envió a la revista *Claridad* sus primeros escritos políticos bajo el seudónimo de *Rodolfo del Plata*. La elección de su identificación develaba una voluntad de nacionalización de este argentino nuevo, que constituiría una de las médulas de su inquietud. Un examen de aquellos textos testimonia las fibras primigenias del Puiggrós que se reencontraba con las ideas políticas en su suelo natal.

Un primer rasgo ideológico que aparecía era un entusiasmo por la idea romántica de “grande hombre”, que un Puiggrós apuntalado en Carlyle –“más profundo y más humano que el filósofo alemán”– contraponía a un K. Marx a quien sin embargo no atacaba.⁴ Dos años más tarde enunciaba su admiración

¹ R. del Plata (seudónimo), "Constantin Derchawin", *Claridad*, nº 136, 10-6-27.

² *Álbum del viaje*, ed. Luchía Puig, 1926. Fueron de la partida del oneroso *tour* personas como Alicia Jurado, Tomás Le Bretón, Alberto de Prusia, el Duque de Sotohermoso.

³ Cf. "La excursión en el Capolonio fue muy grata. En Rusia los turistas recibieron un tratamiento altamente cordial", *La Nación*, 5-10-26.

⁴ R. del Plata, "Constantin Derchawin", art. cit. "Marxistas como nuestros abuelos –afirmaba más tarde con la misma inspiración– sólo existen en la imaginación desorientada de Leopoldo

por los líderes de multitudes como principio histórico que estaba destinado a contradecir al marxismo para el cual los individuos serían reducibles a fuerzas más fundamentales.⁵ Precisamente en esos años se preguntaba si habría que creer en un hombre que promete el desarrollo económico o en el que atrae con “la fuerza irresistible del temperamento”. Puiggrós demandaba cuál era el signo de la época: ¿el de negociantes y empresarios, o el de héroes y caudillos? Su respuesta era inequívoca: “la civilización sólo es lo exterior de la Argentina y (...) lo verdaderamente importante es el espíritu y la pasión de los hombres”.⁶ Desde temprano la espera del caudillo atravesó su deseo de cambio social. Otros dos núcleos ideacionales merecen la atención. Uno era el denuesto del clericalismo, que debía colisionar con las conservadoras esperanzas de su madre. En referencia a la campaña contrarrevolucionaria del catolicismo mexicano en los años 20 llamaba a éste un “rebaño negro, con ese celo que acostumbra poner al servicio de causas bajas”.⁷ Puiggrós señalaba así al “principal enemigo”: “Es algo asqueroso y a la vez grotesco. Esos pobres hombres –continuaba– se debaten desesperadamente, encerrados en América como las ratas en el último rincón de la ratonera”.⁸ La denuncia del militarismo de Leopoldo Lugones, a su vez, contrariaba el conservatismo paterno que iba a recibir con alivio el golpe de Estado de José Félix Uriburu. Puiggrós no reprochaba a Lugones las loas al heroísmo, pues la figura del héroe de Carlyle, lo he señalado, era una inclinación muy suya. El error de Lugones era el de confundir al héroe dirigente de multitudes con el militar, que constituía su antítesis. “¿Qué recóndita virtud –se preguntaba– habrá hallado nuestro poeta en el alma de esos hombres de cuya cintura la espada cuelga por costumbre de estar colgada?”.⁹ Estas ideas pertenecían a un humor epocal que imaginaba sin grandes inconvenientes un elitismo antimilitarista. Acuñaban también los

Lugones. Carlos Marx es un clásico admirable, pero nosotros no somos sus hijos, sino sus biznietos o tataranietos”. R. del Plata, “Los desapasionados”, *Claridad*, nº 169, 27-10-28.

⁵ “El comienzo y la terminación de los grandes ciclos históricos son marcados por el nacimiento de esos hombres singulares y por la confianza ilimitada que las masas depositan en ello. Buda, Confucio, Mahoma, Jesús, Lenin. Para la humanidad la muerte siempre significa el comienzo de una nueva vida”. R. del Plata, “Keyserling en idea y en persona”, *Nosotros*, nº 241, jun. 1929.

⁶ R. del Plata, “La civilización ecuménica”, *Nosotros*, nº 234, nov. 1928.

⁷ R. del Plata, “México y los curas”, *Claridad*, nº 147, 25-11-27.

⁸ *Ibidem*. Véase también, R. del Plata, “El espiritualismo católico”, *Claridad*, nº 179, 23-3-29.

diferendos que lo distanciaban de las esperanzas familiares.

Puiggrós no fue indiferente al conflicto generacional que sus inclinaciones suscitaban en el núcleo familiar. Incluso la faena de la escritura en la que hacía sus primeras armas estaba condicionada por el peso de la primogenitura burguesa. Más tarde rememoraría los efectos de su experiencia de la opresión familiar en la ansiedad ante la escritura y la toma pública de la palabra. Recordaba el retraimiento y hosquedad por la represión ambiente. Sus padres reprochaban todas amistades como “malas compañías”. En su hogar “se rechazaba cuanto excediera los límites de una gris y mediocre existencia. Tal vez debido a falsas experiencias se identificaba con el *vividor* al artista y, en general, al intelectual”.¹⁰ La experiencia europea fue sentida como una liberación.

En sus últimas semanas en París, de mayo a julio de 1926, y entre octubre y diciembre del mismo año en la ciudad de Buenos Aires, completó el primer libro que se publicó con el seudónimo de Rodolfo del Plata. *La locura de Nirvo* condensaba dos tendencias. La más patente era la rebelión antiburguesa, acuñada en un cóctel ideológico donde terciaban un vago nietzscheanismo, cierto bolchevismo y un anarquismo genérico como el que describía Salvadora Medina Onrubia en sus relatos contemporáneos. La otra veta del libro la componía la culpa de Nirvo por malograr las expectativas maternas y paternas (que no eran exactamente las mismas). Ambos aspectos revelaban las tensiones generacionales que acosaban al joven autor.

Puiggrós se descomponía imaginariamente entre los tres hermanos: Carlos, Raúl y Nirvo. Carlos se llamaba como el padre, Carlos Salvadel. Sensual y despreocupado, pasaba temporadas en Europa. Raúl, en cambio, era un estudiante aplicado con un porvenir brillante. Sin embargo también hallaba un tiempo para cultivar sus vínculos sociales.

Nirvo concentraba los rasgos personales de Puiggrós tal como eran reflejados por los reproches familiares y como él mismo se percibía a través de la rebeldía ante la reprobación. A los 18 años Nirvo era “un perfecto habitante de las nubes”.¹¹ Transcurría sus días y noches en una habitación ubicada en el altillo

⁹ R. del Plata, "La hora de la espada", *Claridad*, nº 146, 15-11-27. Véase también R. del Plata, "La moral de mi pueblo", *Claridad*, nº 149, 24-12-27, donde critica en Lugones y M. Carlès la inspiración extranjera de su nacionalismo.

¹⁰ R. Puiggrós, "Memoria I", inédito, escrito durante su exilio en México en la década de 1970.

¹¹ R. del Plata, *La locura de Nirvo*, M. Gleizer, 1928, p. 19.

de la mansión Casadel, en un ambiente onírico, atiborrado de libros y cuadros. Sus pesares se dividían entre el mandato social de su familia y el deseo por las mujeres que lo alejaba de su inconformista mundo privado. Las mujeres eran vaciadas en dos moldes: el de Isabel, la casta jovencita de buena posición social, y de Odette, la prostituta francesa madura y consumida por el “vicio”. Isabel no pudo reintegrar a Nirvo al redil de las convenciones sociales y del matrimonio; Odette terminó sus días en un hospital, siguiendo el destino – inexorable como *topos* literario– de Margarita Gautier, la Dama de las Camelias.

Nirvo delineaba sus apetencias sociales en ocasión de un intento de huelga de los sirvientes de la casa familiar. El sirviente Manuel, un “gallego”, quiso sublevar al resto de las empleadas y los empleados, contra la tiranía de la patrona de la casa. Nirvo se solidarizó con la demanda de Manuel. Afirmaba hallarse más a gusto en su compañía que entre la refinada hipocresía de su medio social. Prefería a los “humildes obreros no contaminados” al empequeñecedor e infecto espíritu burgués. “La chusma –decía– es la creadora de todos los futuros; su alma esconde inexhaustos tesoros. El lenguaje, el carácter, la idiosincrasia, el espíritu de los pueblos es fuerza que asciende desde abajo, no molde que se impone desde arriba” (idem, p. 84). Por esas ideas, en las que pulsaba un populismo que pretendía conciliar con la admiración por los líderes, Nirvo era increpado como insociable, anarquista, bolchevique, anticristo. Su padre le señalaba lo extravagante de sus ideas “tomadas de los libros o de no sé donde” una vez que se confrontaban con la realidad; su madre era más sentimental y lo acusaba de falta de ternura porque no era como ella deseaba que fuese. Su tía, por su parte, subrayaba su orgullo.¹²

Dos últimos nudos de sentido encriptaban el horizonte ideológico de la novela. El americanismo arielista ocupaba un párrafo donde las cuestiones económicas y sociales de “Nuestra América” resignaban su preeminencia frente a las espirituales, cuando era la comunión cultural de una “raza” lo que hermanaba a

¹² “-Cállate loco.”, le decía y continuaba: “Con tus genialidades tratas de humillar a todo el mundo. Para ti sólo hay yo, yo y yo. Para ti la humanidad es un rebaño de pequeños y tú el único olímpico. Como habitante de tan altas regiones debes contemplarnos como a miserables microbios. Para ti no existen grandes hombres, sino un gran hombre: Don Nirvo el sarcástico...”. Idem, p. 132.

los “hombres” desde el Río Grande al Cabo de Hornos. Por último, Nirvo tomaba partido por los “temperamentos fuertemente artistas” como guías instintivos en lugar de los diplomáticos, los políticos o los hombres de ciencia.¹³ Expulsado de su casa, Nirvo visitó a Odette en su lecho de muerte, para despedirse. También para él la muerte podía ser un destino. En cualquier caso, sus caminos oscilaban entre el hambre y el amor. Puiggrós no concluía el libro. Ofrecía al lector y a la lectora una serie de posibilidades, que contemplaban diversas maneras de morir (algunas banales) y de rebelarse. El fin sólo concernía a Nirvo. No había una incrustación individual en lo colectivo. *La locura de Nirvo* era a la vez una discusión de las tensiones familiares de Puiggrós y la metáfora de una insurgencia generacional contra el conservadurismo burgués y católico. En ambos campos el libro dejaba irresuelto el problema que situaba. El libro no fue bien recibido por la crítica. José Bianco publicó en *Nosotros* una reseña devastadora.¹⁴ En un pasaje de un artículo de Puiggrós aparecido también en *Nosotros*, pero sobre todo en un texto de *Claridad* (quizás redactado por el mismo Puiggrós) se intentó una defensa contra las lecturas “burguesas” de *La locura de Nirvo*.¹⁵ Aunque Puiggrós continuó escribiendo como Rodolfo de Plata, acusó el impacto del fracaso de su novela. Recorrió librerías comprando los ejemplares de *La locura de Nirvo* y los destruyó.¹⁶ Jamás volvió a intentar una escritura literaria. Su narrativa en lo sucesivo sería ensayística, historiográfica y periodística.

El período dominado por aquel volumen se llevaba consigo el individualismo juvenil que caracterizaba la mordiente política de su rebeldía.¹⁷ Otros ensayos publicados mientras se componían los pliegos de *La locura de Nirvo* justificaban la preferencia individual del extremismo. “Es necesario convencerse – escribía en *Claridad*– de que es imposible tener un amigo y poseerse por completo y de que en ciertos momentos es imprescindible estar solo. Los

¹³ Idem, pp. 94-95. En un artículo posterior (R. del Plata, “Frente a la vida”, *Claridad*, nº 139, 25-7-27), Puiggrós se mostraba más ambiguo al confrontar al artista y al científico.

¹⁴ J. Bianco, *Nosotros*, nº 225-226, feb.-mar. 1928. “Words, words, words. Only words’. Es algo tan espantoso”, lamentaba, “que hay instantes en que sentimos tentaciones de amor-dazarlos. Pero ante lo irrealizable de nuestros deseos, nos conformamos con cerrar el libro”.

¹⁵ El breve artículo de R. del Plata, “Pensamiento y acción”, *Claridad*, nº 164, 11-8-28, estaba antecedido por una nota “Un joven librepensador: Rodolfo del Plata”, sin firma,

¹⁶ Según el testimonio de su hermano Oscar Puiggrós (comunicación personal), Rodolfo se arrepintió hasta el final de su vida de haber publicado *La locura de Nirvo*.

¹⁷ R. del Plata, “Los jóvenes debemos meditar”, *Claridad*, nº 173, 22-12-28.

mejores pensamientos de un hombre no se producen en medio de la bulla del mundo".¹⁸ Entonces el apasionamiento de la juventud se concentraba en una idea clara y distinta que iluminaba su destino como una "línea recta" en contraposición a los meandros oportunistas de lo burgués.¹⁹ Era este sentimiento del valor supremo de la reflexión en soledad lo que sería cuestionado con el comunismo. Otro elemento integrante del caldo ideológico del joven Puiggrós que fue sometido a modificaciones graves fue el fundamento de su antiimperialismo. Finalmente, como sucedió en preocupaciones similares de su generación, los viajeros extranjeros –en su caso H. Keyserling–, ejercieron una gran seducción.²⁰ Ellos parecían proveer un estilo de comprensión que los "maestros de juventudes" locales carecían. Pero enseguida la interpelación nacionalista arrasó con esos acercamientos.

La travesía hacia el marxismo-leninismo

En 1928 Hipólito Yrigoyen iniciaba su segunda presidencia. Los sectores habían encontrado en su correligionario Marcelo T. de Alvear un radical más aceptable que un caudillo cuya legitimidad se debilitaba al ritmo de las incertidumbres económicas. Ese año Puiggrós se acercó por vez primera al Partido Comunista. Comenzó su militancia en Rosario. Esa determinación sellaba por un largo período la eficacia de las creencias religiosas que había abrevado en el catolicismo por su condición de pupilo en un colegio religioso. Desde ese inicio ideológico se puede observar una característica que marcará toda la vida política e intelectual de Puiggrós: el compromiso vital con una idea. Cierta vehemencia en consustanciarse con una perspectiva, un profundo implicarse, una identificación apasionada. Por ello la experiencia de su adolescencia no podría haber tenido lugar sin un reemplazo igualmente comprometedor. En una carta de 1939 a Augusto J. Durelli, autor de un libro exponente del cristianismo social,²¹ Puiggrós expresaba su experiencia de la transición al comunismo, desnudando uno de los sentidos en que puede ser pensado:

¹⁸ R. del Plata, "Los desapasionados", *Claridad*, n° 169, 27-10-28.

¹⁹ R. del Plata, "Espiral y línea recta", *Claridad*, n° 181, 27-4-29.

²⁰ R. del Plata, "Keyserling en idea y en persona", art. cit., donde relata su entrevista con el visitante; idem, "Hermann Keyserling", *Claridad*, n° 183, 25-5-29.

“Me he educado en colegio religioso y en la religión. Durante varios años he sido católico, y no de una manera formal y estática –'burgués', como Ud. diría–, sino entregándome por entero, buscando una satisfacción a las ansias de absoluto que me arrebataban por completo. ‘Las moradas’ de Teresa de Ávila han sido años y años mi lectura preferida. Hoy, y desde hace más de diez años, milito en las filas de comunismo. (...) No llegué al materialismo dialéctico de buenas a primeras, repentinamente. No se llega al comunismo por ‘revelación’, sino por ‘comprensión’. Pero el día que, por vez primera, traté de averiguar qué podía hacer mi fe católica por transformar el mundo injusto, contradictorio y falso en que vivía –el día que ese mundo me apareció injusto, contradictorio y falso– la suerte de mis creencias estaba echada”.²²

El ingreso en el Partido Comunista altera el recorrido biográfico, porque incluye al individuo en una red exigente. Con todo, los primeros años comunistas estuvieron caracterizados por una identificación laxa, ambigua e intrincada. Fue en rigor un simpatizante que se permitía disensos y matices irreducibles al revolucionarismo profesional leninista. En sus primeros años el suyo fue un caso que, alimentado con sus propias reminiscencias, Puiggrós destacaba en una obra posterior al “afiliado golondrina” que entraba y abandonaba el Partido.²³ La peculiaridad de Puiggrós fue que él reingresó a la organización y luego reconstruyó su recorrido míticamente descollando a 1928 como el año del inicio de su militancia incondicional.

Los restos de sus simpatías anarquistas y las ambivalencias comunistas se aglomeraron en Rosario, cuando se enroló como intelectual orgánico de la Federación Agraria Argentina. En la desgrabación de una entrevista hallada en su archivo personal, en la que no se indica fecha ni lugar de realización, Puiggrós recordaba así sus primeros pasos en Rosario: “Cuando llegué, como un gran bacán, era secretario del centro de consignaciones, miembro del Jockey club y la gran siete. Me fui inclinando hacia posiciones de izquierda, sobre todo cuando tomé contacto con algunos compañeros”. Una vez que se liquidó la sucursal de la casa de consignación “Puiggrós y Cía.” en Rosario donde había sido enviado por su padre tras su retorno de Europa, Puiggrós permaneció allí en contacto con anarquistas: Diego Abad de Santillán, Gastón Leval, Antonio Berni. Puiggrós persuadió a éste último de ingresar a las filas del PC.

²¹ A. J. Durelli, *El nacionalismo frente el cristianismo*, Losada, 1939. Jacques Maritain era el referente teológico-intelectual más importante de Durelli.

²² De R. Puiggrós a Durelli, 10-6-39.

²³ R. Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional* (1ª ed. 1967), en *Historia crítica de los partidos políticos argentinos, II*, Hyspamérica, 1986, p. 128.

Las tareas de la consignación no lograron apaciguar los ánimos sublevados de Puiggrós. La Bolsa de Comercio de Rosario registra a Puiggrós y Cía. en 1930, pero en la *Memoria* del año siguiente la firma ya ha desaparecido.²⁴ Quizás la inconstancia mercantil del joven Puiggrós decidió a su padre a desligarse de la sucursal rosarina.

Por entonces Puiggrós estaba más interesado en fundar, junto al poeta Víctor Luis Molinari y al ensayista M. Llinás Vilanova, el mensuario *Brújula. Revista mensual, independiente de arte e ideas*, de la que se publicaron 14 números, aparecidos en Buenos Aires y en Rosario entre 1930 y 1931. *Brújula*, su primer proyecto político-intelectual, desplegaba una propaganda inequívocamente alimentada por el latinoamericanismo y el antiimperialismo.

En la nota editorial del primer número aparecido pocas semanas antes del golpe de Estado de J. F. Uriburu, *Brújula* entonaba un juvenilismo que se percataba “sin maestros”. Esa condición obedecía a que el argentino no era siquiera un pueblo joven: el pueblo aun no había nacido, e ignoraba por ende su destino. Antes de la reorganización de la historia en las tramas de los hermanos Irazusta y R. Scalabrini Ortiz, Puiggrós a los 24 años instalaba una cesura en el pasado y el presente argentinos. Dos líneas históricas se contraponían. El antagonismo entre la imitación, que no escatimaba su crítica a la mera identificación con la deriva soviética, y otra genealogía más heterogénea pero también más auténtica: “Dos fuerzas han luchado hasta ahora en la historia argentina –aseguraba. De un lado el instinto nacional, la voz de la tierra. Del otro la imitación, el deseo de colocar el país a la altura de las naciones europeas –o de Norte América y de Rusia–. De un lado Rosas, las montoneras, Yrigoyen, los constituyentes, la oposición política de la actualidad”.²⁵

La repulsa de la imitación nutría sus primeros ensayos históricos, que hundían sus garfios reprobadores en la carne de los textos de J. B. Alberdi, identificado como el mentor fundamental del remedo y la sujeción colonial del pensamiento.²⁶ De allí que el nacionalismo de la revista debía ser descubierto

²⁴ *Bolsa de comercio de Rosario, Memoria [del] ejercicio del año 1930*, Rosario, Ponce, 1931.

²⁵ Nota de presentación, *Brújula*, nº 1, 23-8-30. El texto fue seguramente escrito por Puiggrós.

²⁶ Escribía en *Nosotros*: “Podemos preguntarnos nuevamente si ahora, en el año 1928, somos espectadores, con personalidad, de los problemas europeos, o si, por el contrario, constituimos una simple ‘colonia espiritual’ que se abandona a los caprichos y veleidades de la metrópoli.” R. del Plata, “Alberdi y la filosofía importada. Cosas viejas que son nuevas”, *Nosotros*, nº 232, 1928. Una opinión similar en R. del Plata, “Revisión de Alberdi”, *Brújula*, nº 11, 27-6-31

en la averiguación de lo propio: “Deseamos exaltar nuestro nacionalismo, desprendiéndolo no de tradiciones que no existen sino de nuestra profunda razón de ser. En el fondo de nosotros encontraremos la brújula que nos falta”.²⁷

Las formas jurídicas nunca podrían ser suficientes. Pero si el nacionalismo constitucionalista era dañino, el patriotismo conservador era peligroso e igualmente inauténtico. El Yrigoyenismo no cabía en esos labels. Sin embargo su oposición también estaba mal perfilada para hallar la esencia de lo propio.²⁸

Indiqué antes que el antiimperialismo primero de Puiggrós era arielista, culturalista, juvenilista e individualista. Al cierre de la etapa de *Nirvo* maduraba otro fundamento. Los “hombres de campo” constituían la razón de lo nacional y el baluarte contra los imperios.²⁹ Pero no era sólo el reclamo de lo social lo que oponía sus intereses al parásito imperialista.

Las briznas anarquistas ya no ejercían una eficacia importante en las páginas de Puiggrós en *Brújula*. Por el contrario, el estatismo se componía con un antipoliticismo y un anti-intelectualismo que sería cuestionado por su mayor compromiso stalinista a medida que avanzaban los años treinta.

En la sección “De todos los días”, Puiggrós señalaba que la tarea del Estado, como en la Rusia comunista y en la Italia fascista, era satisfacer las necesidades obreras. El Estado era “el resumen de la Nación en permanente equilibrio”, y jugaba su suerte en su capacidad de responder a dichas necesidades.³⁰

El estatismo estaba subordinado a su sostenimiento en los “hombres de campo”. El arraigo en los trabajadores y pequeños propietarios agrarios aseguraría el lazo entre nacionalismo real y estatalidad: “Sólo el partido de los hombres del campo, el partido avanzado que se hunda en la realidad, no en la fantasía de los ideólogos, podrá constituir el Estado argentino libre y independiente en el verdadero sentido, en el sentido espiritual y económico. Los problemas del imperialismo, del cosmopolitismo y de la incapacidad económica se resolverán colocándonos en el único plano justo”.³¹ Sólo bajo esas condiciones el Estado sería el garante del progreso económico de la nación. “Un

²⁷ Nota de presentación, sin título, *Brújula*, nº 1, cit.

²⁸ R. del Plata, “Glóbulos rojos”, *Claridad*, nº 177, 23-2-29.

²⁹ R. del Plata, “El país de las vacas”, *Claridad*, nº 159, 26-5-28; “La Nueva Argentina”, *Claridad*, nº 178, 9-3-29; “El fetichismo constitucional”, *Claridad*, nº 184, 8-6-29; “Teoría y práctica del antiimperialismo”, *Nosotros*, nº 243-244, ago.-set. 1929.

³⁰ R. del Plata, “De todos los días”, acápite “El fracaso de los políticos”, *Brújula*, nº 3, 25-10-30.

³¹ R. del Plata, “De todos los días”, *Brújula*, nº 7, 28-2-31.

Estado verdaderamente fuerte –aseguraba Puiggrós– está siempre en condiciones de imprimir nuevos rumbos a la producción y distribución de su riqueza. Un Estado verdaderamente fuerte no necesita arrodillarse ante unas empresas extranjeras para pedirles rebaja en los fletes y recibir luego con todo descaro la negativa. Un Estado verdaderamente fuerte no necesita mirar afuera porque dentro de sí mismo encuentra la inspiración y la fuerza."³² Nacionalismo y estatismo constituían un todo. El Estado era el agente privilegiado de la praxis.

La apelación al pueblo era relegada a una verdad pre-política, en la que lo político era subsidiario. El pueblo no se equivocaba porque le interesaba lo inmediato, que era lo nacional fundado estatalmente. El derrocamiento del gobierno constitucional de Yrigoyen se había producido en una encrucijada donde la reclamación del respeto a la Constitución era mentada por la mayoría de las fuerzas en conflicto mientras que esa misma exigencia convivía con un descreimiento de las reglas jurídicas y políticas. El desplazamiento de los sectores más corporativistas y fascizantes del gobierno uriburista ocultaba mal el escepticismo respecto al “espíritu de las leyes”, que debía ser sustituido por imperativos más atentos al poder social.

Puiggrós participaba de esta atmósfera ideológica. Modulaba su punto de vista en un populismo sin política. "El pueblo sabe lo que quiere –aseveraba. El pueblo no entiende de sistemas de gobierno. Estos son invenciones accesorias de filósofos o agarraderas de políticos. Al pueblo tanto le da gobierno de muchos como gobierno de uno sólo, pero quiere siempre ver arriba al hombre o a los hombres que saben interpretarlo. El resto es farolería".³³ Más extremo, en un artículo que proyectaba incluir en un libro titulado *El caos argentino*, nunca publicado, lo planteaba más sentenciosamente: "La política no se perfecciona. La política se elimina. El resto son excusas o, cuando menos, situaciones que no se resignan a darse por vencidas."³⁴ El impulso anti-intelectualista hacía sistema con el anti-político. La urgencia con la que la voluntad popular fundamentaba al Estado como el todo de la nación excluía cualquier determinación por la teoría. "En la Argentina de nuestros días –apostrofaba– nos están so-

³² R. del Plata, "De todos los días", acápite "Nuestra incapacidad", *Brújula*, nº 6, 24-1-31.

³³ R. del Plata, "De todos los días", acápite "El pueblo", *Brújula*, nº 9, 25-4-31.

³⁴ R. del Plata, "El nuevo argentino", *Brújula*, nº 5, 27-12-30.

brando doctrinarios, nuestro mercado está abarrotado de ideólogos."³⁵ Tales afirmaciones de ideólogo no podían escapar largamente a la atención de Puiggrós y sus compañeros de *Brújula*. ¿Cuál era la implicación material de estos jóvenes insumisos? ¿Dónde anclaban organizativamente sus enunciados? El acercamiento al PC estaba sitiado por una distancia respecto al marxismo como clave de interpretación de la historia y por la renuencia a adoptar a la URSS como modelo único de sociedad revolucionaria.³⁶ Puiggrós ingresaba en los años treinta con una soltura individual que pronto resignaría ante las demandas partidarias.

En 1929 el PC venía de suturar la sangría de la crisis del año anterior del grupo liderado por José Penelón y se constituía en adalid sudamericano de la fórmula de la revolución "agraria y antiimperialista". Cristalizaba entonces la clave "feudal" como carácter de las formaciones económico-sociales latinoamericanas y la aspiración a una revolución "democrática" antes que socialista.

En ese año Puiggrós iniciaba su extensa labor periodística, en *Rosario Gráfico*, del que fue editorialista en 1932-33. El texto más interesante de ese paso inicial por la prensa lo constituyó su cobertura, acompañado por su amigo Antonio Berni en calidad de fotógrafo, de los prostíbulos del barrio caracterizado por la calle Pichincha (actual Gral. Riccheri), donde garitos y "variétés" eran regentados entre otras por las mafias de Chicho Chico y Chicho Grande.

Facundo era el significativo seudónimo empleado por Puiggrós, en una inequívoca reivindicación del caudillo riojano.³⁷ Pero no era la ideología federalista la invocada en la nota de *Rosario Gráfico*. Se trataba de una crónica, de trazos moralizantes a la vez que críticos, que muestran a un Puiggrós que empleaba la retórica del formato periodístico ligado al tema de los

³⁵ R. del Plata, "De todos los días", *Brújula*, nº 14, 26-9-31.

³⁶ Puiggrós alertaba contra una postura ingenua frente a las aspiraciones soviéticas incompatibles con el nacionalismo ("De todos los días", acápite "El imperialismo soviético", *Brújula*, nº 8, 28-3-31), mientras que rescataba de la experiencia rusa el decidido papel del Estado en la dirección de la sociedad sin atender a las querellas menudas de la politiquería. "Podemos afirmar sin eufemismo que si la U. R. S. S. realiza esfuerzos enormes por regularizar el proceso económico colocándolo bajo el control directo del Estado, en la Argentina reina la anarquía económica mientras sus políticos pierden el tiempo en discusiones institucionales y personales sin importancia ni interés nacional". R. del Plata, "La verdadera importancia de la Unión Soviética", *Brújula*, nº 7, 28-2-31. La crítica al marxismo como economicismo unilateral en "El nuevo argentino", art. cit.

³⁷ La identificación de Facundo la tomo de Rafael Oscar Ielpi y Héctor Nicolás Zinni, *Prostitución y rufianismo*, Encuadre, 1974, p. 267, que por otra parte provee una descripción del mundillo de la prostitución rosarina.

burdeles y le agregaba una viñeta de reivindicación proletaria. Porque Pichincha, el barrio prostibulario, era para Facundo la válvula de escape de una ciudad que aparecía como una gran represa que pretendía contener los deseos. Una válvula de escape para la libido colectiva que supuraba una moral de sacristía. La mascarada burguesa era interpretada con términos empleados en *La locura de Nirvo*, al que sin embargo denostaba en una áspera e íntima autocrítica: “En la educación (...) se imprime un concepto falso de la moral. Y el pueblo recibe esa educación y se deja moldear por ella. El choque con la vida es fatal, porque crea esa duplicidad, esa inquietud erótica, ese desequilibrio que trastorna completamente la conducta del hombre”.³⁸ Para soportar esa vida mal censurada la burguesía utilizaba a las jóvenes proletarias mientras aplicaban a sus hijas severas normas que ellos no cumplían. “Vivimos en medio de la gran tragedia erótica que nos imponen conceptos que se deshacen. Y el gran señor del Club desprecia a las prostitutas, pero compra hijas del pueblo para hacerlas sus queridas. Así es la vida de la ciudad moderna. Así es la vida de la ciudad del comercio, de la burguesía recién llegada, de los prostíbulos admirados por merengues novelistas” (id.). El deslizamiento de la explotación de clase que era su cañamazo se ocultaba demasiado para satisfacer a un Puiggrós que se sentía interpelado por los avatares de la política.

La caída de Yrigoyen en 1930 modificó profundamente los términos de la política estructurada luego de la imposición del voto secreto, masculino y obligatorio. Si bien los proyectos corporativos fueron pronto reemplazados por una componenda entre las formalidades de la república y el fraude electoral, la presencia militar imprimió su sello a toda eventualidad del hacer ciudadano. El PC se extravió en su propio intrínquilis ante el golpe de Estado pues no podía auxiliar a un gobierno radical al que acusaba de “fascistizante”. Para el comunismo el régimen yrigoyenista amparaba a la “reacción”.

La actuación de Puiggrós en Rosario y su esperanza en la capacidad de lucha de los chacareros sufrió una decepción definitiva cuando la Federación Agraria Argentina aclamó el golpe militar y luego apoyó en 1931 a la candidatura de Agustín P. Justo. Los chacareros no sólo vacilaban en su radicalidad ideológica

³⁸ Facundo (seud.), “En la atmósfera infecta del burdel extingue su voluntad la juventud”, *Rosario Gráfico*, Rosario, 11-2-32.

contra el orden social, sino que nunca habían logrado quebrar la fortaleza de los sectores terratenientes.

En los últimos días de ese año aciago para las esperanzas ruralistas de Puiggrós la paralela ruptura con toda seducción anarquista tuvo lugar en la revista libertaria *Nervio*. Allí firmaba "Rodolfo J. Puiggrós (Del Plata)", para reprochar al anarquismo que no hiciera más que criticar sentimentalmente – como sucedía también con el sindicalismo– a la sociedad capitalista. Pero esta severa impugnación estaba acompañada por denuos al reformismo que confiaba en los cambios suaves e indoloros, y al comunismo que en su ánimo de copia carecía de la comprensión de la historia que daba el temperamento de la revolución en "Indo-América". En suma, desde la izquierda más moderada a la más extrema, todas carecían de un entendimiento de lo íntimo. Les faltaba aprehender el sentido históricamente sedimentado que permanecía extraño a las fórmulas insaboras en que descansaban. "Debemos volver a las viejas verdades que percibieron lúcidamente los primeros hombres de la independencia, aseguraba Puiggrós, verdades que el cretinismo de los leguleyos que vinieron después a darnos leyes importadas, ha hecho olvidar."³⁹ Había que aceptar que el caudillismo, a pesar de la desvinculación con la tradición cultural occidental a que condenó a los pueblos indo-americanos, era menos inauténtico que el constitucionalismo que los mancilló en el mortero del imperialismo. Y es que la falta de arraigo del constitucionalismo no podía durar, porque lo artificial según Puiggrós no subsistía al tiempo. Por eso oponía, en una trama pseudofreudiana similar a la que en esos mismos años E. Martínez Estrada amparaba en su *Radiografía de la pampa*, libido y forma jurídica. "Tendremos – querámoslo o no– que obedecer a ese instinto, aseveraba Puiggrós, a esa libido reprimida en largos años de vida constitucional, para volver a los tiempos ya lejanos en que el sentido de la tierra se manifestaba libremente" (idem). Había que resistir, pues, a las ideas occidentales por las cuales "la vida ha carecido de intensidad y la juventud se ha agostado inútilmente" (idem).

El texto de Puiggrós fue respondido desde el anarquismo en el mismo número de la revista.⁴⁰ Más enconada fue una intervención del entonces ex-amigo Gastón Leval, quien atribuía a Puiggrós una "ignorancia crasa de nuestras

³⁹ R. Puiggrós, "La línea", *Nervio*, año 1, nº 9, ene. 1932. Artículo datado: Rosario, dic. 1931.

⁴⁰ "Nuestra respuesta", *Nervio*, idem.

ideas".⁴¹ Como fuera, la contrariedad respecto al anarquismo no era resuelta en una neta adscripción organizativa. Con razón, *Nervio* retrucaba la crítica de Puiggrós al señalar que tampoco él proponía una práctica subversiva *concreta*. Por fuerza la estrategia polémica de Puiggrós debía entrar en crisis, cuya resolución fue la aceptación del comunismo, que entonces ya no parecía como incurablemente mimético ni extraño a la historia nacional. Fue recién cuando el joven revolucionario decantó ese balance que el viraje comunista se constituyó en su horizonte político categórico. La clase obrera sería a partir de ese momento el sujeto del cambio y el PC su cabeza pensante. Finalmente Puiggrós definió su brújula.

Entre 1932 y 1933 Puiggrós escribió notas en *Rosario Gráfico*. Pero su interés lo ocupó más intensamente en los escarceos novatos de una pasión historiográfica. En 1934 hallamos a Puiggrós de regreso en Buenos Aires. En ese momento comenzó su militancia en una organización. Abandonó para siempre su seudónimo "Rodolfo del Plata". Joven aun, asumía rápidamente responsabilidades políticas e intelectuales. El marxismo estructuraba su visión del mundo. Pero esto dice muy poco sin esta pregunta: ¿qué marxismo?

Si bien Puiggrós visitaba de vez en cuando a su familia, la ruptura fue muy profunda. Las esperanzas paternas en el primogénito se desvanecieron. Dejó de percibir toda ayuda económica. A esta altura de su vida, aunque Puiggrós no era ningún asceta en lo que se refería a la alimentación, la bebida y las mujeres, la dedicación profesional a la militancia revolucionaria se constituyó en el centro de su deseo. Incluso con las privaciones del caso, soportaba sin problemas vivir en una muy modesta pieza de pensión, en el barrio de Flores.

⁴¹ Gastón Leval, "La labor del anarquismo", *Nervio*, año 1, nº 11, mar. 1932.